



NAVIDAD

ENCUENTRO CON UNA **ESPERANZA ABIERTA**

MIRADAS Y PALABRAS
EN CLAVE TEOLÓGICA,
FILOSÓFICA Y POLÍTICA

**NUEVA
TIERRA
DOSSIER**

Diciembre de 2014 / N° 6 / Año 2

La eternidad entra en
el tiempo

El tiempo
se hace historia

En la historia Dios se hace humanidad

Miradas y palabras
sobre la NAVIDAD
en clave
teológica, filosófica y política



Dossier Nueva Tierra
Diciembre de 2014
Año 2 / N° 6
Navidad 2014

Producción y selección
de textos:
Susana Ramos

Diseño:
Sebastián Prevotel

Foto de tapa:
Patrick Haar

www.nuevatierra.org.ar
[facebook.com/centro-
nuevatierra](http://facebook.com/centronuevatierra)

TIEMPO DE VOLVER A HABITAR LA VIDA

TIEMPO PARA NO CLAUSURAR LA ESPERANZA

Aunque haya fuerzas contrarias no se puede dejar de insistir por un lado y reconocer por otro, el impacto histórico de la Navidad como manifestación de la vida. Aun cuando mucho de su significado quede velado por la apuesta comercial, lo cierto es que aun en medio de esa escalada, tiene una reserva de sentido que a muchos no nos deja indiferente. Hay en este acontecimiento una trascendencia que atraviesa los avatares y los credos, porque lo que allí se expresa como encarnación es un acontecimiento que bien puede ser considerado “patrimonio de la humanidad”.

Un acontecimiento que es en sí mismo encuentro y provoca encuentro, reunión, invitación, comensalidad, banquete, fiesta. Y es también interpelación, porque cuando la fiesta es sólo para algunos, no se puede decir que haya Navidad.

Pensar y experimentar la Navidad como un tiempo de nacimientos es una condición de posibilidad que espera una sucesión de actos creadores individuales y colectivos. Actos que expresen un amor capaz de hacer nacer y un compromiso con lo nacido. Así la NAVIDAD nos pone en clave de protagonistas, de co-creadores de un tiempo para volver a nacer. Y no sólo para hacerle lugar a los nacimientos, sino para ir en busca de lo que nace, para salirle decididamente al encuentro a lo que viene.

Para encarnar el tiempo nos asiste hermosamente Octavio Paz, cuando dice:

“La temporalidad es el hombre mismo y que, por tanto, da sentido a lo que toca. El tiempo no está fuera de nosotros, ni es algo que pasa frente a nuestros ojos como las manecillas del reloj: nosotros somos el tiempo y no son los años sino nosotros los que pasamos. El tiempo posee una dirección, un sentido, porque es nosotros mismos. El ritmo realiza una operación contraria a la de relojes y calendarios: el tiempo deja de ser medida abstracta y regresa a lo que es: algo concreto y dotado de una dirección. Continua manar, perpetuo ir más allá, el tiempo es permanente trascenderse. Su esencia es el más —y la negación de ese más.

“El tiempo afirma el sentido de un modo paradójico: posee un sentido —el ir más allá, siempre fuera de sí— que no cesa de negarse a sí mismo como sentido. Se destruye y, al destruirse, se repite, pero cada repetición es un cambio. Siempre lo mismo y la negación de lo mismo. Así, nunca es medida sin más, sucesión vacía. Cuando el ritmo se despliega frente a nosotros, algo pasa con él: nosotros mismos. En el ritmo hay un “ir hacia”, que sólo puede ser elucidado si, al mismo tiempo, se elucida qué somos nosotros. El ritmo no es medida, ni algo que está fuera de nosotros, sino que somos nosotros mismos los que nos vertemos en el ritmo y nos disparamos hacia “algo”. El ritmo es sentido y dice “algo”. Así, su contenido verbal o ideológico no es separable.

“Rituales y relatos míticos muestran que es imposible disociar al ritmo de su sentido. El ritmo fue un procedimiento mágico con una finalidad inmediata: encantar y aprisionar ciertas fuerzas, exorcizar otras. Asimismo, sirvió para conmemorar o, más exactamente, para reproducir ciertos mitos: la aparición de un demonio o la llegada de un dios, el fin de un tiempo o el comienzo de otro.

“Doble del ritmo cósmico, era una fuerza creadora, en el sentido literal de la palabra, capaz de producir lo que el hombre deseaba:

el descenso de la lluvia, la abundancia de la caza o la muerte del enemigo.

*“En todo cuento mítico se descubre la presencia del rito, porque el relato no es sino la traducción en palabras de la ceremonia ritual: el mito cuenta o describe el rito. Y el rito actualiza el relato; por medio de danzas y ceremonias el mito encarna y se repite: el héroe vuelve una vez más entre los hombres y vence los demonios, se cubre de verdor la tierra y aparece el rostro radiante de la desenterrada, el tiempo que acaba renace e inicia un nuevo ciclo.”*¹

Con los relatos que les compartimos queremos alimentar y acompañar este tiempo de iniciáticos partos históricos donde la vida viene pujando y busca seguir naciendo y extendiéndose hasta que nada ni nadie quede excluido de celebrar, no sólo la liturgia o el memorial, sino la más plena navidad, la que se hace abrazo que borra las fronteras que nos dejan al margen de soñar, imaginar y trabajar por la dignidad de todos y todas.

Porque en esta dignidad igualitaria está la posibilidad y la apuesta para gestar nuevas opciones y decisiones que nos sigan comprometiendo con una transformación creativa e inclusiva, abierta y trascendente, es decir capaz de ir más allá de todos los cercos que quieran que la fiesta sea para pocos.

Feliz Navidad – Feliz vida para todos y todas.

**Susana Ramos
Centro Nueva Tierra**

1. Octavio Paz, *El ritmo. El arco y la lira*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

ECCE PUE (HE AQUÍ)

Hugo Mujica

En aquella época apareció un decreto del emperador Augusto, ordenando que se realizara un censo en todo el mundo. Este primer censo tuvo lugar cuando Quirino gobernaba Siria. Y cada uno iba a inscribirse a su ciudad de origen. José, que pertenecía a la familia de David, salió de Nazaret, ciudad de Galilea, y se dirigió a Belén de Judea, La ciudad de David, para inscribirse con María, su esposa, que estaba embarazada. Mientras se encontraban en Belén, le llegó el tiempo de ser madre; y María dio a luz a su Hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el albergue.

Lucas 2, 1-7.

I.

Nativitas, Natalis, Navidad, nacimiento, aparición, génesis, alumbramiento, luz... Vida en la vida.

Navidad es nacimiento, nacimiento de la vida eterna en la Vida mortal, de lo infinito en la finitud: la muerte ya tiene vida, la finitud se abre ya infinito.

La trascendencia se recoge intimidad, la inmanencia estalla trascendencia.

El Dios que nos da la vida nace en la vida para hacer de la vida ellugar desde el cual darse, para hacer de la vida de cada uno un lugar donde nacer, donde darnos a la luz eterna.

Mientras se encontraban en Belén, le llegó el tiempo de ser madre; y María dio a luz a su Hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre.

Desde arriba, desde lo alto, se puede abarcar con la mirada, se puede legislar con mandatos, ordenar con decretos, pero no se puede sostener sobre las propias espaldas aquello que no se busca dominar sino redimir: la humanidad, de la cruz de cada hombre, el pesebre de cada corazón.

Nace en un pesebre: en lo más bajo, para que no haya caída al fondo de la cual no nos está esperando, en el fondo de la cual no podamos volver a elevarnos con él.

Lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre porque no había lugar para ellos en el albergue.

Nace al margen: para que nada quede fuera de él, para que lo central no sea el centro sino lo abrazado por Dios, para que no haya lugar que sea externo a él.

Nace al margen, al margen de todo lugar donde se debe nacer para que no haya marginado que no esté cerca de él, para que no haya margen que lo separe de ningún ser, para estar al lado de los que nacieron como nació él; los que viven como él nació, los que son dejados afuera por los que tenemos un lugar en la sociedad, los que tenemos puertas para cerrarles a los que son como él fue.

Nace pobre y marginado: en la debilidad material y social.
Nace niño: nace

En la precariedad biológica y afectiva, necesidad de leche y de amor, llanto que reclama caricias, impotencia que necesita protección, comienzo que pide esperanza... humanidad.

Elige el camino humano, el titubeante paso de la debilidad para hacer de la debilidad el camino hacia Dios, para hacer de ella una fuerza, la fuerza de la flexibilidad, la docilidad a Dios, a los demás, a las circunstancias, a la vida y otra vez a Dios.

Nace en la debilidad porque la debilidad es conciencia de necesitados, espacio de hermandad, lazo de solidaridad, necesidad de necesitados.

Elige la debilidad como camino porque elige la humanidad, la realidad humana, porque quiere darse desde nuestra realidad. No es un Dios que se abaja, es un Dios que acompaña. Un Dios que nos iguala, no a todos iguales, a cada uno único.

Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros...

Nace de la carne, nace de carne y tiempo, de huesos y eternidad, de sangre y lagrimas, rostro y risas, silencio y palabras, para decir que la carne puede ser gesto del espíritu, que el espíritu se manifiesta carne. Para enseñarnos que no se trata de despreciar la carne en nombre

del espíritu, sino de encarnar el espíritu en nombre de la vida.

“La carne ya no es terrestre, sino que ha sido verbificada”, afirmaba San Atanasio. Un Dios que se muestra en la carne para que la carne muestre a Dios, para que la carne y el espíritu lleguen a ser uno, lleguen a reunirse en el amor. “Dios se hizo hombre para que el hombre se haga Dios”, dejó escrito el mismo San Atanasio, pero, “se haga hombre” a imagen de ese Dios, del Dios que aceptó serlo, del Dios que nos acompañó, que está desde entonces con nosotros “hasta el fin de los días”, de los días que son los escalones de la eternidad.

II

Ahora, desde que Dios es hombre, todo es posible porque en todo nos posibilita el encuentro con él, porque ya no estamos solos, porque aun la soledad humana estará en adelante habitada por él, porque las lagrimas humanas corrieron por su rostro humano, la dicha del hombre inundó su corazón de hombre, porque aun hasta



Foto: Patrick Haar

al infierno humano descendió su compasión.

A partir de ese momento la historia divina puede ser la nuestra, porque la nuestra fue la de él, porque abrazó nuestro origen para llevarnos en su destino.

Es la historia de un niño, para al escucharla volvamos a nuestra niñez, volvamos a “ser como niños”, volvamos al asombro de ser.

Un pesebre, un bebito, una pareja y algunos pastores, tam-

bién, para los que miran hacia lo alto, una estrella entre otras estrellas... Es una historia que nada tiene de espectacular, una historia simple, como los cuentos para niños, como suelen ser las historias de amor, del amor cuando es simple, cuando no se lo tiene en cuenta. Es la historia de un niño, un niño que nació en medio de todo eso que nosotros no elegiríamos para que nazca un hijo nuestro, un escenario demasiado sombrío como para dar a luz, es la historia que enseña que no hay oscuridad que no pueda llegar a ser luz... como la cruz llegó a ser resurrección.

Se les presentó el Ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvió en su luz; se llenaron de temor. El ángel les dijo: "No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor; y esto os servirá de señal: encontrarán un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre".

Navidad es un misterio tan simple que confunde, ese es el parpadeo de una estrella, una estrella más, que guió a los pastores que eran los “impuros”, a los reyes magos que eran los “paganos”, los guió tras el anuncio: “encontrarán un niño”, y, en ese niño - en lo menos extraordinario, en lo más ordinario-, vislumbraron el milagro de los milagros: un Dios que no era Dios sino hombre, que no

era poder sino debilidad; vieron un Dios niño, vieron que la eternidad es la eternidad de un eterno nacer. Vieron el misterio, insondable y aterrador, de un Dios que necesita los brazos de una mujer que lo cobije, un Dios que se entrega a las manos de los hombres, un Dios que renuncia a su omnipotencia de Dios.

Un Dios que se muestra necesitado de amor para que cada acto de amor nos reúna con él, un Dios al cual nos guía una estrella, la que solo los que miran hacia lo alto llegarán a ver, un Dios que nos habla desde el llanto de un niño, el llanto que solo los que se inclinan para escuchar el murmullo de la debilidad llegarán a escuchar.

(Fragmento de KENOSIS, sabiduría y compasión en los evangelios. Editorial MAREA, 2009).

LA ENCARNACIÓN, MIRANDO A LAS MUJERES

Matilde Gastalver*



Fotografía: Ana Caligaris

¿No ha llegado el tiempo de atreverse a releer los relatos de la infancia, el anuncio de la Encarnación, la concepción de Jesús y su nacimiento, en clave de la auténtica María?

Es posible que el Evangelio nos dé pistas para no quedarnos con una imagen femenina desencarnada, asexuada, tan sumisa, de María, que oculta su libertad, su

decisión, su vigor, lo más propio del ser mujer.

Dos relatos evangélicos se inicián con un alumbramiento, y antes de él, necesariamente, el amor de una pareja, y una relación sexual. No será así para abrirnos a la reflexión de algo tan humano como es la vida de pareja, la relación entre dos que se han de amar.

Atrevámonos a leer desde la piel de la mujer para dejar que el Evangelio interpele algo tan humano como es la sexualidad desde la propia mujer, queriendo hacer justicia a lo que ella es en sí, con sus propios derechos de gozo, de felicidad. Tal como anuncia el ángel: ¡Alégrate, mujer!

Quizás nos toca a las mujeres, a las teólogas, a las creyentes o no, de cualquier religión, de cualquier estatus, de cualquier inclinación sexual, recuperar a la auténtica Miryam.

Sería muy atrevido que estos bellos textos nos sirvieran para afrontar las vivencias más íntimas de la mujer y valorar si nuestra vida sexual ha sido rica o pobre, satisfactoria o frustrante, si lo es para la mayoría o no de las mujeres a lo largo de la historia e incluso hoy. Si nos hemos sentido deseadas y respetadas, descubiertas y abarcadas lenta y respetuosamente, con el mimo y cuidado con el que se cogen los jazmines para que no pierdan el aroma de sus flores, o arrebatadas y manejadas, sin delicadeza ni cuidado, desde la falta del respeto que no produ-

ce placer ni gozo ni satisfacción ni sirve para el crecimiento y la autoestima, que no acrecienta el amor ni el deseo, y que, en tal caso, se acepta en silencio y sumisión frustrante.

No es ya el momento de que sean los hombres quienes hablen de algo tan nuestro como es nuestra sexualidad, es hora de que dejen de decirnos cómo ha de ser ésta, y si ha de tener como único fin la maternidad.

Se acusa a las infieles y se las lapida, se juzga a las que se enfrentan a la pobreza desde la prostitución, se hacen conjeturas de lo que le llevó a uno a matar a su ex pareja en un arrebato de celos, pero poco se reflexiona desde lo que viven las mujeres, de lo que sienten aun en el seno de una familia normal (¿a qué llamamos normal?)

Vamos pues a María, Miryam en hebreo, de origen egipcio “mer-imen” la amada de Amon (en tal caso con connotaciones pasivas). Los hebreos tomaron el nombre y le cambiaron su significado “Iam-mir, de iam, mar y mir, espejo (sigue apuntando a la pasividad). Pero ¿no es



Fotografía: Sebastián Miquel

sebastianmiquel.com

el cielo el espejo del mar, no es del cielo de donde recibe el mar sus tonos, viniendo a ser éste en verdad su espejo?

Quizás no fue tan pasiva Miryam como la historia de la Iglesia nos la ha querido legar porque existe otro significado hebreo para este nombre: la rebelde y contumaz, que significa, la que se mantiene firme en sus comportamientos ideas o inten-

ciones, a pesar de castigos, advertencias o desengaños.

¿Por qué no va a ser igual de bello el elegir, en lugar de esperar ser elegida o reflejar, en lugar de ser reflejo? ¿Por qué no ha de tener la misma o más importancia ser virgen que no serlo? Sólo puede haber una diferencia después de perder la virginidad: la satisfacción y plenitud o la frustración de

sentirse sólo utilizada para el gozo ajeno. Y en cualquiera de los dos casos, se sobreentiende que lo que ha de seguir es la maternidad.

No cobra humanidad el Evangelio y nos cuestiona la nuestra si nos atrevemos a estas nuevas preguntas: ¿cómo sería Miryam, la madre de Jesús? ¿Cómo fue José con ella, delicado, enamorado, pendiente del gozo y satisfacción de Miryam o sólo de él mismo? ¿Cómo la amó y respetó antes y después de su primera relación sexual? ¿La besaría en los ojos antes de besar su cuerpo entero? ¿La miraría con orgullo enamorado o la ocultaría con un hiyab, chador, niqab, abaya, haik, melhafa o burka? ¿Se implicaría en la maternidad y ternura necesaria para el crecimiento sano de Jesús, queriéndose mantener igual de enamorado?

El recuerdo más bello que guardo de la película de Mel Gibson sobre la pasión de Cristo, es la escena donde Miryam, viendo caer a Jesús por el peso de la cruz, trae a su recuerdo la primera caída de Jesús siendo niño, la forma en que lo toma

en sus brazos y le besa. Toda su ternura. Llora porque su hijo se ha hecho daño y a ella le duele su dolor. ¡Qué bellas imágenes que nos traen al recuerdo nuestras propias vivencias de maternidad!

Tendríamos que recuperar a María para darnos cuenta de que quizás nos hemos equivocado, que Mateo y Lucas nos quieren contar algo que aún no hemos descifrado. La concepción de Jesús no pudo ser de otra forma de como siempre ha sido cualquier concepción: sagrada y misteriosa.

En ella se hace presente el Dios origen y creador delicado de la vida, de cada vida, irrepetible, única. Y la vida surge del seno de una mujer que debía de haber gozado. Y eso es puro porque todo lo que surge de Dios es puro y bello. Quienes no ven así, no ven como Dios.

Me quiero quedar con esa reflexión de nacimiento de Jesús, de su encarnación, de su nacimiento no virginal (o todo lo virginal que siempre es un nacimiento). Y quiero vivir la Navidad no como nos la ofrecen las gran-

des superficies, pero tampoco como nos enseñan los dogmas del pasado, sino como nos enseña el Evangelio para hoy, con la relación que nos muestra de Jesús con todas y tantas mujeres, siempre desinhibido, libre, acogedor, respetuoso.

Jesús amante de las mujeres, sin miedo a las mujeres, sin verlas ni como enemigas ni como rivales, ni como objeto morboso de un deseo. Sin estigmas. No, simplemente, amadas como compañeras.

¿Dónde hizo Jesús este aprendizaje en una sociedad agraria como la judía del siglo primero, de una aldea como era Nazaret? ¿Qué vería y viviría en su propio hogar? No lo sabemos. Nada podemos afirmar que no sea más que especulación. Pero yo quiero creer que Jesús amó a las mujeres y las respetó tanto, porque fue lo que vio siempre en su humilde casa de Nazaret.

Ojalá la jerarquía de la Iglesia también aprenda a mirar a las mujeres como hacía Jesús, qui-

zás entonces en lugar de convertirlas en vírgenes, las acepte sin más como tales y le duelan todas las vejaciones históricas que han tenido que vivir y siguen viviendo tantas mujeres. Sin duda tendrá que pedir perdón porque ella ha contribuido mucho y sigue haciéndolo cuando cierra espacios para impedir el anuncio de gozo: ¡Alégrate mujer, llena de gracia!

Acercarnos así a la Navidad es recuperar el protagonismo creador que Dios otorga a la mujer, el valor de la sexualidad enriquecedora, la vivencia de la maternidad si es deseada y el fruto de nuestras entrañas; vida y carne nuestra para siempre. Así José ocupará un lugar más importante; nadie le suple, ni Dios, que le ha otorgado su virilidad como don, para vivirla con respeto y entrega engendradora de vida, y en todo ello Dios se encarna porque Dios es amor.

*** (Teóloga mallorquina, casada tiene una hija y un hijo).**



LA NAVIDAD CONTADA A LA GENERACIÓN DEL BICENTENARIO

Néstor Borri

1- La navidad tiene **poco que ver con lo navideño**. En muchos sentidos, podría decirse que es, práctica e históricamente, lo contrario.

2- Se trata de una fiesta con su propia severidad y dramatismo, que rememora unos sucesos en los arrabales del poder concentrado. Por más que, y justamente porque desde siempre, el poder concentrado haya tratado de apropiarse de las fiestas (concentrarlas, recuperarlas, neutralizarlas). El sentido de la navidad es básicamente el de un radi-

cal **descentramiento**. Dicho de otro modo, remite a la interrupción o, más exactamente, a la posibilidad histórica, la gestación de esa posibilidad histórica de la interrupción de la lógica dominante (hoy activada sobre el dinamismo sin límites de la mercancía y el consumo).

3- Las fiestas articulan el tiempo y son nudos de la memoria. Anudamientos. La navidad – más precisamente natividad- **es una fiesta retroactiva, una reflexión posterior a unos hechos y una experiencia, y al mismo**

tiempo remitida a un anterior, a un precedente. La retroacción es a partir, básicamente de la fiesta que conocemos como Pascua (por otro lado, fiesta de Primavera, de llegada a la madurez de la fertilidad), y el antecedente es una fiesta solar (invernal), del sol naciente. Sobre estas fiestas cósmicas y telúricas, experiencias humanas e históricas, de procesos sociales y políticos, buscaron luego en el calendario de los días, momentos y relatos en los que sostener una rememoración.

4- El **mesianismo** (categoría fuertemente política, situada y singular) es la cuestión central de esta fiesta. En el lenguaje coloquial y en la vulgata antipolítica, mesianismo es una palabra que ha corrido una suerte parecida a “populismo”. Esperanza (experiencia) mesiánica y pueblo son categorías hermanas, que hablan una con otra. La navidad habla de las condiciones de nacimiento de lo que luego se experimenta como una experiencia mesiánica popular.

5- No es difícil, pero al mismo tiempo es inusual, encontrar detrás de navidad - más fácil-

mente de la natividad- la cuestión de lo nacional. **Lo nacido, la nación, lo nativo.** Lo que se puede asignar a haber nacido. Decir que la navidad es una fiesta nacional y popular podría ser asomarse al terreno resbaladizo de la literalidad y el trazo grueso (que no falta en los ambientes militantes ni en aquellos que lo critican). Pero también es un vector que podría, justamente, descentrar, trascender, romper los significados superficiales y cosificados (o incluso la insignificancia, la recaída en la repetición consignista o en memorias muertas e imitativas) de las categorías en cuestión, tan presentes, tan sentidas y tan reiteradas. Poniéndolas en la estela de las largas esperanzas las memorias densas e intensas, el pensamiento profundo y la hondura existencial que transita no sólo nuestra historia, sino cada vida y la experiencia de humanidad que hay en cada momento donde se renueva la posibilidad del compromiso, la vivencia del tiempo como tiempo cumplido y tiempo rasgado por la promesa, temas mesiánicos si los hay.

6- El **tiempo**, su sentido, su dimensión promisoria, la inte-

rrogación del mismo que hace la esperanza, la convocatoria – anuncio, señales, cantos, indicios- a la esperanza que el tiempo hace, es la cuestión. La remisión a las condiciones, a los que antes esperaron, y, fundamentalmente la subjetivación – hacerse carne, hacerse sujeto, estar sujeto a la carne y al deseo- es la cuestión de la navidad. La subjetivación e historización de un tiempo, remitiéndolo y remitiéndonos a su momento de nacimiento, a sus condiciones de crecimiento, de gestación, a su momento original y surgente: si uno se detiene un poco, si interrumpe la lógica dominante de las significaciones religioso-mercantiles (significados religiosos mercantilizados, significados mercantiles sacramentados) y por otro lado toma distancia de los significados sin espesor, inerciales, no es difícil ver como estas cuestiones de fondo aparecen incendiadas en momentos luminosos, pero que interrogan fuertemente en los momentos oscuros , encendiéndose en el remolino de soledad y lucha, de dilema y, a veces de tragedia, no en el sentido de catástrofe sino en el de momento decisivo, que corta el tiempo (cortamos y contamos el tiempo

por la navidad original, por eso acompaña la fiesta del año nuevo).

7- **La idea de un niño** en el centro de la fiesta ha derivado, por motivos diversos –pero que sería bueno desandar-, en una **infantilización** de la misma. Se trata de una fiesta con su propia severidad y trágica también. La dimensión de ternura y de alegría infantil es una de las mas atacadas y captadas por la lógica y la gramática mercantil y por las versiones pietistas y piadosas de la religión, así que no es casual que esto suceda (tampoco es casual que el aparato discursivo haya terminado poniendo un hombre adulto, un anciano comercial, en el lugar donde estaba el niño: más funcional aún). La ternura y lo infantil como punto de partida de la esperanza mesiánica tiene de todos modos un valor a ser rescatado. La señal va en dirección a poder volver a hablar “de cero”, pronunciar nuevamente el mundo y el tiempo también. Tal es lo que hace un niño que nace. Así, en la misma línea, es una fiesta familiar, pero sería bueno encontrarle su música como fiesta de las generaciones y de lo generativo, del momento

de creación, original, genético, de los procesos. Y la renovación de la tarea de generar.

8- Fiesta de las **luces**, de la oscuridad que hay que atravesar, del compromiso, el movimiento y la economía que hay que hacer con lo necesario para que vuelva la luz. La fiesta judía de **Janucá** - candelábrica, de lámparas, de inauguración y re-inauguración- vecina y compañera de ésta, trae el mismo mensaje. En otra punta de las tradiciones y luces, ponerles luces y colores a los arboles en pleno invierno, el árbol que se “arma” - y colorea y enciende, árbol que “se” florece y fructifica ritualmente-envía un mensaje sobre esto: la luz y el tiempo bueno viene, vienen los frutos y vendrán las cosechas, se alargarán los días y terminaran las oscuridades. Eso es certero. Pero tan certero como eso es que hay que hacer algo; hay un entrar en el ciclo, con una responsabilidad específica para que eso suceda. Gestos mínimos, consentimiento, apuesta, renovación de la presencia, acción. Los ciclos están, pero para que sean nuestros ciclos somos nosotros los que, actuando, debemos decirles sí.

9- Fiesta de lo **venidero**, de lo que antes de hacer liberación y lucha, hizo infancia y crecimiento, cuna y -sobre todo- larga memoria y movimiento de muchos: mujeres que esperan en sus pueblos, recordando la historia, profetas casi vencidos, ciegos de tanto escrutar, sabios cansados de mil caminos siguiendo luces imposibles, trabajadores errantes de la periferia, que en medio del agotamiento no dejan de tener una línea de atención a mensajes de gloria y de paz que pudieran llegarles, lugar para hacer abajo y luces arriba, aliento de los animales de siempre y olor a tierra, eventos oscuros que brillarán, palabras que se susurran antes de los gritos de dolor, de alegría o de lucha, justicias singulares hecha por mucha gente que posibilita que el tiempo no sea un mero continuo, sino una historia para un pueblo, universal, una y otra vez descentrado. Tiempo de la oportunidad y de la promesa, tiempo evidente y cotidianamente gestado por mucha gente, en muchos lugares que, cuando llega el momento, reconoce lo que vale la pena y, como dice el viejo texto, **sabe -saborea y conoce y reconoce- una gran alegría.**

UNA NAVIDAD QUE NOS ENCANTE

Benjamín González Buelta, sj

1. El Dios que viene

En la Navidad no sólo recordamos que Dios vino hasta nosotros en Jesús de Nazaret.

Celebramos también que sigue llegando a nuestra realidad, pues «Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo» (2 Cor 5,19), y hoy sentimos la necesidad lacerante de

reconciliar muchas dimensiones personales y sociales que nos desgarran.

Contemplamos al Hijo de Dios nacido en las «afueras» de Belén, para descubrir qué es lo que hoy nos quiere decir esa presencia siempre viva y actual, por dónde pasa en este momento concreto esa fuerza de reconciliación y de reencantamiento de

la existencia que nos trajo Jesús y que sigue fluyendo desde Dios hasta todos nosotros sin receso y sin exclusión ninguna.

Al mirar a Jesús recién nacido en la pobreza y desplazado fuera de las pequeñas comodidades preparadas para él por María y José en Nazaret, ya no podemos apartar de nuestros sentidos a todos los otros niños y personas que están hoy en una situación parecida. Al lado de ellos se situó Jesús desde el primer momento de su vida, y al lado de ellos sigue. En un mismo golpe de vista, los vemos a todos en el mismo paisaje.

Ellos son la situación humana que nos permite entender mejor la profundidad del descenso del



Hijo de Dios para ofrecernos la liberación, en una relación de insuperable cercanía. Ellos nos ofrecen el lenguaje y la geografía para hablar hoy de Jesús como novedad que llega hasta nosotros.

2. Un desplazado nació en Belén

Todos asistimos asombrados a los éxodos individuales, familiares o étnicos que se producen en nuestro tiempo. La emigración expelida por la pobreza del Sur y succionada por las imágenes de

la abundancia del Norte, los países rotos de Europa del Este, que en parte se han dispersado por la Europa occidental, los desplazamientos internos de las grandes naciones del Sur pobre por razones económicas o por las guerras étnicas de exterminio, nos muestran una población a la deriva, des-centrada, que busca un nuevo reajuste para poder sobrevivir.

En Belén, lugar teológico del nacimiento de Jesús, fueron sorprendidos por el parto María y José cuando tuvieron que po-

nerse en camino por orden del Imperio. Viajaron en circunstancias difíciles, pues María ya estaba en estado avanzado de gestación. Además, llegados a Belén, para ellos no había sitio en la posada y tuvieron que refugiarse en una cueva de animales en las afueras de la ciudad (Lc 2,7). Dios quiso que su Hijo naciese en la incertidumbre de la pobreza.

Jacky Mamou, Presidente de Honor de Médicos del Mundo, expresaba recientemente que existen en el mundo 22 millones de niños refugiados o desplazados por causa de la violencia (Le Monde Diplomatique, sept. 2001). Es sólo un dato vertiginoso de la profundidad del problema de la infancia pobre en el mundo.

Pero en la escena del nacimiento de Jesús, tal como nos lo presenta el evangelio de Mateo, a este dato del nacimiento en Belén, se añade la matanza de los inocentes por Herodes y la huida clandestina a Egipto, «de noche» (Mt 2,14), de María y José. Esta matanza cuadra bien con Herodes, un hombre sanguinario. Al desplazamiento hasta

Belén por una orden del poder imperial, añade Mateo el de la persecución y la huida a Egipto por orden del poder judío. Jacky Mamou, en el mismo artículo, afirma que en la guerra de Ruanda fueron eliminados en pocas semanas 250.000 niños. Los niños no sólo padecen la violencia, sino que están siendo entrenados en muchos países para participar de la violencia de los adultos. Los «niños soldados» son actualmente más de 300.000.

Se les capture desde pequeños, y en un ambiente mágico-religioso, con la ayuda de drogas y todo tipo de coacciones, se les condiciona para que avancen delante de los soldados en los terrenos minados. Los entranan para torturar y matar. A los que pasan la prueba les asignan un arma ligera de las que se ofertan actualmente en el mercado. Los intentos para marcar estas armas de manera que se les pueda seguir la pista en su distribución en los mercados internacionales han resultado fallidos.

A la luz de estos datos contemplamos hoy el nacimiento de Jesús, que nos revela la solida-

ridad de Dios con las víctimas, y de una manera especial con los niños pobres del mundo, sometidos a desplazamientos que los desarraigán y condenados a vivir durante toda la vida con los recuerdos de la sangre y del horror.

3. En Jesús conocemos a Dios

El nacimiento entre los pobres marca a la persona de Jesús para toda la vida. No es un dato externo, sino que el Hijo de Dios aprenderá a ver la sociedad desde el «abajo» y el «afuera» marginado del mundo. Desde esa proximidad con los pobres se formará la persona en la que podemos saber cómo es el Dios en quien creemos y cuál es el mensaje que nos trae. Juan afirma que «la palabra de Dios se hizo carne» (Jn 1,14). «Carne» tiene aquí el significado de debilidad. Jesús fue una persona sometida a la debilidad de toda existencia humana, fue realmente un ser humano como nosotros, se hizo uno de nosotros. Pero «los suyos no lo acogieron» (Jn 1,11).

Pablo radicaliza la afirmación de Juan: «se vació de sí y tomó la condición de esclavo» (Flp 2,7). No fue un hombre más, sino un esclavo que fue ejecutado en la cruz, con la muerte propia de los hombres de ínfima calidad en el imperio romano. La solidaridad de Dios con los últimos, contemplada ya desde el nacimiento, es un dato irrefutable de los evangelios, como también lo es el rechazo que Jesús experimentará en su vida de profeta que anuncia la llegada del reino de Dios. Dios aparece en una existencia sin poder social, que no se impone, sino que presenta en su propia persona vulnerable la cercanía salvadora de Dios para todos, sin exclusión alguna. En la existencia «expuesta» de Jesús, encontramos la «propuesta» de Dios.

No podemos acercarnos a Belén con nuestras ideas preconcebidas sobre un Dios omnipotente, para ver si Jesús cuadra con ellas. Es todo lo contrario. Nosotros nos acercamos a Jesús para descubrir cómo es Dios. En Jesús, Dios se nos revela cercano, expuesto, pobre y humilde. Éste es el Dios de Jesús. A lo largo de su vida, Jesús se irá

explicitando a sí mismo como Palabra de Dios encarnada en sus acciones, signos y palabras. Dios no ha querido ser simplemente una palabra que se escucha, como nos había hablado antes por medio de los sabios y profetas del Antiguo Testamento, sino una vida que se encuentra, que es percibida por todos los sentidos como proximidad llena de ternura, que habla al corazón, a la fantasía y a las dimensiones más misteriosas y dinámicas de la persona, que sólo se despiertan cuando se encuentran dos personas que se comunican y se aman.

4. El itinerario de la encarnación

Dios creó la vida desde el caos y la tiniebla por la Palabra y por el Espíritu. Con su Palabra, Dios fue llamando por su nombre propio a cada criatura para que saliese a la existencia, haciéndolas a todas únicas y diferentes. Por su Espíritu, todos hemos recibido el mismo aliento de Dios que nos une desde nuestras últimas raíces (Gn 1,1-31) y que posibilita que todos, con todas nuestras diferencias, dialoguemos y nos construyamos en el encuentro.

Todos somos originalidades orquestadas en la misma melodía del Espíritu.

Llegada la plenitud de los tiempos, Dios se comunica con nosotros de una manera más explícita para revelarnos la salvación que nos ofrece, que ya está corriendo por las venas de la historia y que es mucho más honda que nuestros pecados y sufrimientos. Y se hace una persona humana que es, toda ella, su Palabra. Dios cabe en nuestra historia y en una vida humana, porque la vida de cada persona está abierta desde siempre al Dios ilimitado. Jesús es la vida abierta a Dios sin interferencia alguna, y por eso mismo es la vida humana llevada a su máxima expresión. Jesús nos propone un diálogo con Dios que ya se realiza dentro de él en plenitud.

Para ser realmente uno de nosotros, tenía que entrar en nuestra historia naciendo de una mujer que lo acogiese y lo amase incondicionalmente antes de existir, uniendo su destino al de su hijo, pasase lo que pasase con su vida. Por eso Dios no puede imponerse. Dialoga con María y

le pide permiso. Y el diálogo es asombroso: María es una pobre y joven virgen, campesina de Nazaret, un pueblo pequeño de la Galilea despreciada por su contaminación religiosa. Sólo desde el diálogo puede Dios hacer una propuesta salvadora que respete la libertad de María, que nos respete a todos en nuestra humanidad. Sólo en el diálogo con Dios puede verse María en los ojos de Dios y descubrir en ellos toda su dignidad, porque, mientras se mirase sólo en los ojos de sus

vecinos de Nazaret, aquella joven sólo podía verse como un ser insignificante, marginado por su condición de mujer, de joven y de pobre. En la visita a su prima Isabel, María dirá que el Señor la ha mirado (Lc 1,48), y ella se ha encontrado a sí misma en esos ojos.

María no desaparece absorbida en la experiencia religiosa de la anunciaciόn, perdida su capacidad de diálogo con Dios, y expone su dificultad: «¿Cómo sucederá eso, si no convivo con un varón?» (Lc 1,34). La imposibilidad de María será la posibilidad de Dios. El Espíritu Santo

llegará hasta María. Por eso el descendiente de María será llamado «Hijo de Dios» (Lc 1,35). María es pura acogida de la obra de Dios, de tal manera que su hijo será plenamente de lo alto, y al mismo tiempo será plena entrega de todo lo que ella es, y Jesús será también plenamente de la tierra.

La palabra de Dios no se encarna sólo en el sí de María. La genealogía de Lucas parte del mismo Adán. Toda la historia humana está orientada hacia Jesús desde su inicio, y desde él llega la salvación a todos los siglos pasados y futuros. La genealogía de Mateo se remonta hasta Abrahán, pues Jesús se encarna en la historia de la fidelidad de Abrahán y de sus descendientes. En ese pueblo recibirá Jesús su identidad de judío y una tradición que él acogerá como algo vivo que él mismo llevará después a su plenitud. En Jesús, Dios pudo decir por primera vez «nosotros», los nacidos de mujer, los que entramos en este mundo por la geografía marginal. Nosotros, los amenazados por Herodes, los esclavos del Imperio. En Jesús también pudimos decir «noso-

tros» los hijos de Dios, los que llevamos su vida corriendo por el espesor material de nuestros sueños y de nuestras venas. En Jesús, el «nosotros» de Dios y el «nosotros» de la humanidad se pronunciaron juntos sin interferencia alguna. Ése es el horizonte de la perfecta

encarnación, hacia el que también nosotros nos movemos.

5. El acercamiento contemplativo

La contemplación de Jesús no puede escamotear la realidad. Dios ha respetado lo real y se ha encarnado aceptándolo completamente tal como es, dialogando con las situaciones y con las personas. El viaje de Nazaret a Belén, el abusivo edicto imperial, la cueva de la exclusión, los pastores, la violencia contra los niños asesinados... nos invitan a mirar la dureza de la situación en la que Dios se encarna. En esa realidad, el Hijo de Dios se hace Palabra dirigida a nosotros. Diluir la dureza de la realidad con barnices que la disfracen y la escondan, o con reflexiones y espiritualidades que nos evadan de ella, es devaluar el mensaje

que Dios nos quiere comunicar. La contemplación es para viajar al fondo de la realidad, porque ahí se puede descubrir al Dios encarnado.

En la contemplación de la encarnación, San Ignacio le propone al que hace los

Ejercicios Espirituales que se acerque a la realidad con todos los sentidos abiertos. En la tierra, los sentidos son golpeados por el horror de las diferencias humanas que no se complementan, sino que se agreden y se matan, blasfeman y crean los infiernos (EE 106-108). Por los mismos sentidos se acercará a nosotros cada vez con más nitidez, una presencia más honda que las superficies desgarradas, la cercanía del Dios encarnado en ese niño pequeño que es el misterio de la humildad de Dios, que nos salva de una manera tan sorprendente que desconcierta nuestro imaginario religioso y sosiega la prisa que atraviesa de codicia nuestra interioridad y nuestro cuerpo. En la página en blanco de nuestra admiración contemplativa, Dios irá escribiendo la novedad salvadora de su encarnación en cada momen-



to preciso de nuestra biografía personal y de nuestra historia.

Al final del día, después de contemplar el misterio de la encarnación y del nacimiento del Hijo de Dios, se nos regalará poder «gustar... la infinita suavidad y dulzura de la divinidad, del ánima y de sus virtudes y de todo» (EE 124). Al encontrarnos con Dios entre nosotros, sintonizamos con su presencia salvadora por los caminos del respeto y de la cercanía. Él está donde no lo pensamos y no lo descubrimos normalmente, porque nuestros sentidos están muy condicionados para deslizarse por las superficies seductoras.

Construyamos el Belén en nuestra casa. ¿Dónde está hoy Dios «así nuevamente encarnado?» (EE 109). ¿Qué color tiene su rostro? ¿Quiénes son los pastores cercanos que lo descubren primero? ¿Cuáles son los Magos lejanos que inician el largo viaje de su búsqueda en otra cultura y en otra religión diferentes de la suya y que, cuando encuentran al niño, regresan a su tierra por un camino que no pasa por los intereses de Herodes? ¿Quiénes son María y José, que asumen el cuidado de esa esperanza naciente, ese brote recién nacido en el tronco del pueblo cortado de raíz? (Is 11,1).

6. El encantamiento de nuestra realidad

Todos sabemos que por la sangre de nuestra sociedad se ha infiltrado mucho desencanto. En gran medida, el desencanto llega de la caída de las utopías que prometían una sociedad más justa para los pobres del mundo. Pero no es ésa la única razón. «Nuestras sociedades, al haber abolido las ayudas de la tradición y relativizado las creencias, obligan a sus miembros, por decirlo de algún modo, a buscar refugio, en caso de adversidad, en las conductas mágicas, los sustitutos fáciles, la queja recurrente» (Pascal Bruckner, *La Tentación de la Inocencia*, Anagrama, Barcelona 1966, p. 17).

Más adelante añade: «El ocio, la diversión, la abundancia material constituyen a su nivel una tentativa patética de reencantamiento del mundo» (p. 45). El «invento del consumismo», con sus luces brillantes y sus disfraces sugerentes, no puede suplir la necesidad de poesía y de encanto que nos llega de los misterios hondos de la vida. El consumismo, cuando se apagan las

luces de los deslumbrantes centros comerciales y se han roto ya los coloridos papeles de regalo, se convierte en un gel de aroma desgastado que se nos pega a los sueños y no nos deja volar.

La contemplación del misterio encarnado es un camino diferente. Si oímos cantar ángeles sobre los niños pobres del mundo y vamos a mirar sin prisa lo que nos anuncian, si vemos posarse una estrella sobre los campamentos de los niños soldados y la seguimos de alguna manera hasta otras culturas y religiones, para comprometernos con ella, tal vez podamos descubrir que hay una vida más profunda que la miseria impuesta, que los desencantos que le dan la espalda y que los maquillajes que la disfrazan. Tal vez podamos sentir la dignidad y la fuerza de la vida, el misterio de la existencia, que desafía las situaciones y emerge siempre nueva, aunque sea con la debilidad de un brote germinal. Este descubrimiento nos puede transformar, y así podremos aportar a nuestro mundo un poco de encanto sustancial que sobreviva al apagarse de las luces de la fiesta.



SHALOM. ES PAZ Y ES MÁS QUE PAZ

Meditación de navidad de Jon Sobrino

San Lucas dice que unos ángeles se aparecieron a los pastores y decían: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad". San Lucas escribía en griego y por eso, para hablar de paz usa la palabra *eirene* que significa ausencia de violencia, de guerra... todo ello muy bueno y necesario. Pero la palabra hebrea es *shalom*. Significa un bienestar de los seres humanos entre sí, basado en la justicia y la verdad, y que reverbera en fraternidad y gozo. Y no tiene nada que ver con la *pax romana*, la quietud resignada que producen los imperios.

De este *shalom* nada dicen y nada saben los supermercados y similares. Algo -o mucho- puede quedar en algunas tradiciones

navideñas de todos los tiempos: el gozo de reunirse en familia. En esos días puede haber incluso signos de reconciliación. Desafortunadamente es todo menos obvio mencionar a Jesús de Nazaret en estos días de navidad. Los supermercados no saben que hacer con él, incluso las iglesias -con frecuencia- se quedan en el "niño Dios", sin añadir que ese niño llegó a ser el Jesús que salió de su casa, se fue al Jordán a escuchar a Juan y apareció junto con el pueblo para ser bautizado, el que anunció a los pobres la venida del reino, sintió compasión por ellos hasta revolverse las entrañas, los sanó y los defendió de sus opresores, se enfrentó con éstos y por ello murió crucificado.

Para los creyentes esto es el *abecedario* de nuestra fe, pero puede estar inexplicablemente ausente los días de navidad. No así en las tradiciones navideñas de los Evangelios. Jesús de Nazaret no está ausente. En el Magnificat: “Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada”. El anciano Simeón proclama con gozo que ya puede morir en paz, pues “sus ojos han visto al salvador que iluminará a todos los pueblos”, y añade que será “señal de contradicción” a fin de que “queden al descubierto las intenciones de muchos corazones”.

Cuando Dios quiere no ser sólo Dios. Los días de navidad son feriados, y ello posibilita el descanso y el acercamiento dentro de la familia. Debiera posibilitar también la reflexión: en definitiva qué somos nosotros si se nos dice que “ese niño es Dios”. La respuesta no es fácil, pues la pregunta introduce a los creyentes en el misterio de Dios. Y a todo el mundo, también a los no creyentes, los relatos de navidad debieran hacerles pensar en qué consiste el misterio de lo

humano. Conocemos a muchos hombres y mujeres concretas, y nos conocemos a nosotros mismos. Sabemos de lo bueno y de lo malo de los seres humanos. Sabemos de sus posibilidades y sus limitaciones. Pero lo más hondo nuestro se nos escapa. Y es que navidad dice que en un ser humano se ha hecho presente el misterio de Dios. “En Jesús ha aparecido la benignidad de Dios”, dice la carta a Tito. Los seres humanos estamos transidos de Dios, somos portadores, en carne, pequeña y limitada, del misterio de Dios.

Hoy se ve cómo renace siempre ese misterio de la vida, el misterio de Dios, allí donde hay un gran amor. Cada quien sabrá qué piensa del misterio del ser humano, de ser él y ella hombre y mujer sobre esta tierra. Navidad nos invita a pensarnos desde el misterio de Dios. Y esta audacia de los creyentes está posibilitada por una audacia mayor, que es el mensaje de navidad: Dios puede -y tiene que- ser pensado desde lo humano, porque, antes, decidió “empequeñecerse” y mostrarse en un ser humano como todos nosotros, Jesús de Nazaret.



NAVIDAD: ESPERANZA DE PLENITUD

Juan Luis Herrero del Pozo

La Navidad, ya inminente, invita a muchas cosas, algunas obscenas e hirientes como el desmadre del consumo en honor del Pobre de Yahvé... Pero invita igualmente a la contemplación subversiva ¡Qué duda cabe que en este cambio de época, en que todo se mueve, incluso lo más sagrado (también en el cristianismo) la Navidad debe cesar en su papel de paréntesis en la carrera hacia el caos! Y ello cabalmente me induce a una reflexión áspera en

homenaje al “cumpleañero” que recordamos con inmenso afecto, aquel Profeta que asesinaron por lo insoportable de su mensaje. La expresión Niño-Dios sintetiza la forma tradicional de entender a Jesús. Cometiendo un grave anacronismo se interpretó al pie de la letra y como relato histórico aquel metafórico cuadro lírico-épico del llamado “Evangelio de la Infancia”. Los seguidores y seguidoras de Jesús, deslumbrados –con sobrada razón- por el impacto de su des-

concertante figura, colocaron en el atrio de su trayectoria humana una reflexión catequética para ensalzarlo por encima del mismísimo César. Lo que para ellos era exordio épico en clave de homenaje de fe lo hemos interpretado nosotros como protocolo histórico de su nacimiento e infancia.

Para Dios nada hay imposible: mejor que cualquier faraón, Emmanuel, el “Dios con nosotros” tiene por padre no a un simple mortal sino al propio Dios. La comunidad creyente inventa un edicto imperial para sustituir la humilde aldea de Nazaret por la “ciudad de David”, el rey fundador. Una señal brilla en el firmamento del lejano Este y pone en movimiento hacia Judea a tres magnates. La corte de Herodes se conmueve y los padres de Jesús retoman el camino del Egipto, refugio primero luego pesado yugo de sus ancestros. También los sencillos pastores reciben su mensaje celeste y convergen con los orientales en la pleitesía al enviado de Dios. Es suficiente para completar el cuadro. De los varios escritos laudatorios, la comunidad desestimó otros más barrocos, trufados de por-

tento, los que denominamos apócrifos, reteniendo sólo el de más frugal grandeza. Completa el cuadro el toque -que hoy consideraríamos de niño repelente- de un Jesús imberbe dando lecciones bíblicas a los sesudos doctores de la capital. Y, por fin, suavizado el tránsito de la ficción a la realidad, el primo de Jesús, el austero Juan, lo introduce en la saga de los grandes profetas, mediante la teofanía del Jordán...

Sobre semejante catequesis poética imenudo “belén” hemos montado! Sin duda, nos sirvió durante siglos para suplantar la magia de las celebraciones paganas. Pero hoy la magia nos devuelve la moneda suplantando a su vez al hijo pobre de María con las orgías del consumo. Y así, entre mito y despilfarro, hemos sacado de quicio la sencilla y razonable realidad. Lo que era atrio poético de la vida de un ajusticiado contribuyó a hacer de Jesús el mayor dios del Olimpo y hoy pretexto de una bacanal. Sin embargo ¿cómo debieron ser las cosas de su infancia? Puesto que el mito no se deja manejar bien, hagamos un simple ejercicio de buen senti-

do para hacernos una idea de la infancia de Jesús de cuyos casi únicos 30 años de vida apenas disponemos de un solo elemento histórico. De estar vivos aún José y María cuando la comunidad más cercana a ellos comenzó a fabular religiosamente con el “evangelio de la infancia”, ellos fueron de los primeros en aprender a interpretar en clave de fe a su hijo asesinado.

Al admirar estos días a mi primer nieto mamando, he pensado en Jesús: frágil, ausente la mirada, siempre dormido. El contacto con el entorno se hará lentamente y los mayores veremos sonrisa en la primera mueca. Más adelante Jesús correteó con algún vecino, estorbó más que ayudo a su padre en la labor, se sorprendió con esa bola de masa de harina morena que se iba hinchar hasta que María le contó lo de la levadura. Ya adolescente, sintió estremecerse su cuerpo a la vista de alguna muchacha. Transcurrieron los años “en todo semejante a nosotros”. ¿En qué mistificación apoyaría Pablo su salvedad “menos en el pecado”? ¿Ni el más mínimo eco encontró en el interior de Jesús la tentación? No es

desdoro que su libertad se construyera, como la de cualquiera, en el esfuerzo titubeante. Nada en el Jesús recién nacido, como en ningún otro humano, estaba predefinido, predestinado ni siquiera por Dios. Jesús no estaba programado. Jesús pudo no llegar a ser lo que devino. Su libertad lo construyó.

Por eso erraba de medio a medio el cardenal Ratzinger cuando, con pretensiones de científico, afirmaba en el 2000 “Según mis conocimientos de biología, una persona trae consigo, desde el comienzo, el programa completo del ser humano, que luego se desarrolla”. Ratzinger confunde en el genoma humano programa e información y se carga obtusamente la libertad. Desde la información de nuestro genoma cada uno de nosotros elabora, crea libremente su propio programa. Ese es precisamente el enigma del niño que contemplamos en la cuna, el de estar abierto a su yo futuro, incierto y abismal. Ahí es donde cabe extasiarse, contemplativo, ante el Niño, y ante cualquier infante: ¿Qué decidirá ser? Ninguna apoteosis, ni ninguna cruz se proyectaban sobre aquel pese-

bre. Lo de la “espada que te atravesará el corazón” de Simeón a María era o una obviedad o una proyección teológica del futuro sobre el presente. Jesús, pues, ni nace Dios (un cuadrado no es un círculo) ni lo deviene propiamente sino que “es constituido hijo de Dios por la resurrección” (Rom 1,4), desvelando de tal suerte lo que ocurre a cada uno de nosotros en nuestra muerte.

Aprendió a orar de sus padres, descubrió al Dios de Abraham en la sinagoga, asimiló a Yahvé más a la jovialidad de José que a las manos ensangrentadas del Sacerdote del Templo y comenzó a llamarle secretamente “papá”, un papá especial que daba de comer a los pajarillos, granaba las espigas, iluminaba los amaneceres. Todo tan natural, tan sencillo, tan simplemente humano. Colaborador en el hogar, impaciente en alguna ocasión, fiel con los amigos, sensible con las mozas... ¡Todo

tan sencillo y humano! Lo que no le impedía rebelarse y protestar contra tanta injusticia y marginación. Al contrario, si por algo comenzó a destacar fue por esto... Y así le fue.

Reflexionando así estos días y reconstruyendo espiritualmente los primeros días y años de Jesús he comenzado a reconciliarme con unas fechas que cada año me desazonaban más. Y he podido recuperar un nuevo sentido, el de la verdadera encarnación de Dios que me gusta formular así: Sólo Dios es grande. Lo humano es sólo humano pero cuanto más humano, más divino. Por eso, Jesús fue gran revelador de Dios, por ser plena y cabalmente humano. Si algo específico podemos celebrar en Navidad es que, como en el nacimiento de Jesús, en lo más sencillo e insignificante de nuestra existencia se encierra una gran esperanza de plenitud.

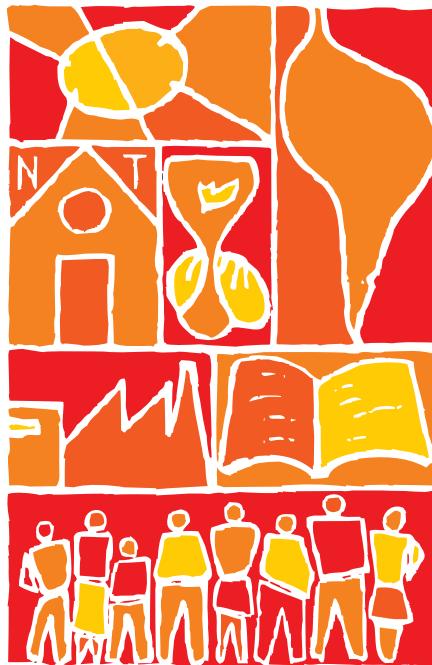
COMPARTÍ



CONSTRUÍ



www.facebook.com/centronuevatierra



CENTRO NUEVA TIERRA

www.nuevatierra.org.ar